

Los padres lejanos

Questo libro è stato tradotto grazie a un contributo  
del Ministero degli Affari Esteri e della Cooperazione italiano.

Este libro ha sido traducido gracias a la Ayuda a la traducción  
del Ministerio de Asuntos Exteriores y de la Cooperación italiano.

Todos los derechos reservados.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación  
pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada  
con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos,  
[www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento  
de esta obra.

Título original: *I padri lontani*

En cubierta: imagen de © Christie's Images / Bridgeman Images

Diseño gráfico: Gloria Gauger

© 2021 Bompiani / Giunti Editore S.p.A., Firenze-Milano

[www.giunti.it](http://www.giunti.it)

[www.bompiani.it](http://www.bompiani.it)

© De la traducción, Natalia Zarco

© Ediciones Siruela, S. A., 2021

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid. Tel.: + 34 91 355 57 20

Fax: + 34 91 355 22 01

[www.siruela.com](http://www.siruela.com)

ISBN: 978-84-18859-03-8

Depósito legal: M-18.936-2021

Impreso en Gráficas Dehon

*Printed and made in Spain*

Papel 100% procedente de bosques bien gestionados  
de acuerdo con criterios de sostenibilidad

Marina Jarre

**Los padres lejanos**

Traducción del italiano de  
Natalia Zarco

 Siruela

Nuevos Tiempos

# Índice

El círculo de luz	9
La piedad y la ira	85
Como mujer	169

## El círculo de luz

*A mi hermana Sisi*

Hay días en los que el cielo sobre Turín es inmenso. Días de bochorno veraniego en los que el calor difumina el horizonte desde la mañana; por un lado, las colinas, y, por el otro, las montañas. Al amanecer, los árboles agitan sus frondosas ramas con un movimiento lento y continuo, como un rumor, que se extiende por toda la ciudad. En el cielo predomina un color gris amarillento, opaco, uniforme, sin una nube, estático. Bajo ese cielo chillan y vuelan las golondrinas. Poco después, hacia las ocho, el rumor de los árboles, meciéndose cada vez más despacio, se apaga entre los trinos hasta que se detiene, el cielo se vuelve de un amarillo violento y el ruido de los coches llena las calles.

Me parece escuchar a Gianni hablar de Turín con alguno de sus amigos, de cómo era en su infancia y adolescencia, cuando iban a patinar al Italia; aquí estaba la pasarela para cruzar las vías del tren, allí se pasaba por la calle de los burdeles o por la Via Roma, aún retorcida

entre los viejos comercios. Turín terminaba en el Mauriziano<sup>1</sup>, y, a partir de allí, los campos.

Cuando hablan de Turín, Gianni y sus amigos, sin embargo, no se ponen tristes, no se lamentan de nada. Solo oí a Gianni echar de menos las vías del tranvía número ocho, que hace unos años fueron desinstaladas. «¡Ya verán, ya —decía, reivindicativo—, cuando se acabe la gasolina!». Una vez, caminando por el Valentino, se acordó también de la gigantesca araucaria del jardín botánico, cuyo tronco cortado, enorme ruina gris, sobresale por el muro.

Habla de las personas y, cuando lo hace, reduce la ciudad a un círculo pequeño en el que todos se conocían.

—Ya tenía las piernas torcidas de pequeña —apunta, al pasar al lado de una señora.

—¿La conoces?

—No, pero íbamos juntos a la escuela; ella también venía a la Silvio Pellico.

No echa de menos la Turín de entonces, porque aún no ha perdido esa ciudad. No ha perdido su infancia.

A menudo envidio la infancia de los demás. Me ocurre incluso que envidio, de repente, a un niño en su carrito o a las jóvenes muchachas embarazadas con su gracioso y pimpante barrigón. La envidia radica en el malestar de

<sup>1</sup> Uno de los hospitales más antiguos de Turín. (*Todas las notas son de la traductora*).

siempre, en tener que informarme, en quedarme al margen, y en la nostalgia que yo, en cambio, sí que siento por la Turín de entonces, desde donde veo acercarse, inmutables al paso del tiempo, al niño en su carrito y a la joven esbelta con su admirable tripa.

La nostalgia que no sienten ni Gianni ni sus amigos se nutre precisamente de todo lo que no sé, de lo que no he visto, de los olores que no he percibido, de la existencia de esa otra que no he sido.

Ya hace casi treinta años que estoy en Turín, y la ciudad nueva, que ha ido abriéndose como un anillo alrededor de la ciudad vieja, la conozco a fondo, ha crecido y envejecido conmigo, con sus enormes avenidas bordeadas de manera ininterrumpida de grandes edificios de sur a oeste; con las villas nuevas en los barrios residenciales de la colina, en los barrios brumosos y dispersos hacia la carretera de Milán, donde abundan las gasolineras a lo largo de la vía y, altos y brillantes por la noche, los rótulos publicitarios.

Pasé un verano en Turín con un libro de botánica. A las cinco de la tarde salía a recorrer las verjas de los jardines del centro y de la Crocetta, pasaba por los parques públicos mientras iba reconociendo los árboles y verificándolos con las indicaciones e ilustraciones del libro. El viento levantaba papeles y polvo hacia la copa espesa de los castaños de Indias. En uno de los jardines florecía una acacia del Japón; en los jardincillos de la Via Bertolotti,

en cambio, florecían acacias de Constantinopla. En los jardines de Lamarmora, las hojas de los árboles de Judas, en algunos atardeceres azulados por las tormentas que en verano suelen rodear la ciudad, como compuertas negras que se abren y se cierran ora al norte, ora al sur, las hojas de los árboles de Judas, como decía, eran de un verde claro muy intenso, iluminado de azul.

Al mirar a mi alrededor —¿será una pterocaria o un ailanto?—, sentía una especie de arrebato de solidaridad difusa hacia todos los que, como yo, se paseaban por las calles de Turín en pleno verano.

Mientras caminaba por aquellas calles, por las aceras sucias de polvo, papeles, helados derretidos, preservativos, jeringuillas, excrementos de perro, la calle terminaba siendo un lugar, el único posible, indistinguible de los demás lugares, y la gente, y yo con ellos, en las aceras, indistinguibles entre nosotros.

Aparecían nuevas construcciones en nuevas avenidas fangosas e infinitamente desnudas, frágiles al principio en su soledad espaciada, después reordenadas entre círculos de tierra con árboles delgados —¿almeces?—, o hileras de arcos que atravesaban el gran aparcamiento entre San Giovanni Vecchio y el palacio de la Bolsa: cambios aleatorios, susceptibles de posteriores transformaciones venturosas por manos invisibles en una sola noche. También discutibles eran las cabinas telefónicas, copia exacta de las máquinas de transmigración temporal o espacial



de las películas de ciencia ficción, que siempre resultan tan obvias como las cabinas de teléfono testimoniando la necesidad, cotidiana y natural, de tales transmigraciones.

Este es el lugar sin nombre, igual a otros lugares, y mi tiempo, igual al tiempo de los demás. Ya no voy a huir. Cuando de pequeña imaginaba escapar de casa, Italia era el país al que me hubiera gustado ir. Italia, la patria de mi madre, donde siempre hacía calor y se podían pasar largas horas en el jardín. Soportando con paciencia la diarrea que acompañaba mis vacaciones de verano provocada por la fruta que comíamos recogida todavía verde de los árboles.

Mi hermana y yo nacimos en Riga.

Una foto mía a los cinco años: el pelo recogido en dos coletas a ambos lados de una cara menuda, con un bonito vestido de terciopelo a rayas, escogido, como siempre, por mi madre, y el guardapolvo de estar en casa, estoy de pie junto a la casita de las muñecas y, encima del tejado, sujeto de pie a mi muñeco Willi con una mano, al lado de la jaula del canario Pippo. Esbozo una sonrisa mansa y obstinada, y miro a lo lejos, de lado.

Con la misma media sonrisa y el mentón testarudo, mirando de lado, aparezco en otra fotografía sentada con mi madre y mi hermana, cuya mirada, de frente, es radiante y curiosa. Mi madre, de perfil, vuelta hacia mí, sonrío con un gesto orgulloso y emocionado. Tiene dos minúsculas arrugas en el ángulo de los ojos.